

# El Habitat humano <sup>(\*)</sup>

(ORGANIZACION TERRITORIAL EN EL ASPECTO ECOLOGICO)

Para estudiar la organización de los seres humanos en relación al territorio sobre el cual viven, desde el punto de vista biológico, debemos empezar por recordar la organización ecológica de los seres inferiores. La distribución actual de los seres vivos sobre la superficie de la tierra, que es consecuencia de un proceso de adaptación del individuo a las condiciones del medio, tiene por factor principal, como hemos dicho, la lucha por la existencia. Es decir, que la manera en que la vida se halla distribuída sobre la tierra es resultado del mayor o menor éxito de los individuos de cada especie en su esfuerzo para encontrar un sitio en que vivir.

La adaptación de un organismo a su medio ambiente puede ser debido doblemente a la evolución de la especie, como resultado de una selección natural o a un accidente histórico por el cual el organismo encuentre un sitio apropiado en la biosfera en el cual pueda sobrevivir en competencia con otros organismos. En ambos casos, la adaptación a un determinado medio crea los límites de expansión de una especie. Así, según expresa Richard Hesse (1), cada organismo tiende, por el caracol dentro de su concha, a hacerse

---

(\*) Ofrecemos a nuestros lectores las primicias de una nueva obra del reputado urbanista Gabriel Alomar, *Principios de Sociología aplicada al Urbanismo y al Planteamiento rural*, publicando uno de sus capítulos.

(1) R. H., *Ecological Animal Geography* (N. Y. John Wiley y Sons, 1937).

prisionero, si no de su propia habitación, por lo menos de su «habitat».

De una manera parecida, la distribución actual de los hombres en la superficie de la tierra es consecuencia, principalmente, de su habilidad para ajustarse al ambiente, modificando el medio físico en que vive, con el objeto de conformarlo con sus necesidades. En la sociedad humana, la cual, según hemos dicho, se halla organizada según dos niveles, el biológico y el intelectual, la organización intelectual es decisiva. Así, la mayor o menor cantidad de conocimientos técnicos que posee la gente que habita una determinada área, determina su capacidad de organización y de aprovechamiento de su medio ambiente. Por esta misma razón, esta organización cambia continuamente al evolucionar los factores competitivos. Es decir, que mientras los cambios culturales originan variaciones en dichos factores, y, por lo tanto, en su base geográfica, la competencia determina una evolución en las relaciones especiales y de sostenimiento de los seres humanos.

*La relación entre hombre y naturaleza es un hecho fundamental e invariable*, y el fenómeno que sólo en nuestros tiempos ha podido tener lugar—por lo menos en una escala importante—de la inhibición de grandes masas humanas, las que viven en grandes metrópolis, de la naturaleza auténtica, de su ciclo anual, de su belleza, de su profundo significado, es un hecho desastroso. Sin embargo, es tal vez inevitable que, a medida que el hombre se va superando en el grado de civilización, dependa directamente en menor grado del suelo y de los recursos naturales, y en mayor grado de los otros hombres.

#### ORGANIZACIÓN POR EL HOMBRE DE SU MEDIO AMBIENTE

La organización por el hombre de su medio ambiente ha sido estudiada principalmente desde el punto de vista económico, y se considera que tiene cinco fases que van desde la construcción de la vivienda primitiva hasta la industrialización contemporánea (1);

---

(1) V. N. S. B. Gros, *An Introduction to Economic History* (N. Y. Harper Bros, 1922).

estas fases son la *recolectiva*, la *nómada*, la de la *aldea*, la de la *ciudad* y la de la *metrópoli*, las cuales se caracterizan por ciertos factores, como son la organización económica y los recursos naturales. La densidad del agregado humano, el tamaño del área organizada para la explotación, la distribución espacial de las comunidades y la distribución de la gente dentro de las mismas.

En la *etapa de economía recolectiva*, los hombres cubren sus necesidades limitándose a aprovechar los productos espontáneos de la naturaleza, y la caza que pueden cobrar con sus armas primitivas. La población es forzosamente poco densa, pues de otro modo los recursos naturales no serían suficientes para el sustento. Hacia el final de esta etapa, se inicia ya la especialización ocupacional, corriendo a cargo del varón la casa y la defensa, y a cargo de la mujer el hogar y la agricultura, y dedicándose unos hombres a fabricar hachas, mientras otros excavan cuevas. Esta especialización no tan sólo tiene lugar entre las personas de una tribu, sino entre las diferentes tribus de una comarca, de las cuales unas serán esencialmente cazadoras, mientras otras son pescadoras; unas fabricarán armas, mientras otras cultivarán el trigo, originándose con esto, automáticamente, el intercambio económico.

La *etapa nómada* tiene dos formas: la cultural y la pastoral. En la forma cultural, el hombre ya no se conforma con la recolección de los frutos espontáneos de la tierra, sino que planta y cultiva sintéticamente. Se acentúa la especialización entre la labor propia de los dos sexos; mientras el hombre caza, pesca, fabrica armas, la mujer cultiva y cuida del hogar que se halla en sus albores. En el aspecto cultural, se forman los rebaños trashumantes y el desplazamiento necesario de los pastores desarrolla el comercio al hacer posible el intercambio a distancia y los mercados alejados.

Existen todavía pueblos en la superficie de la tierra—los pigmeos de Africa o los esquimales al norte del Canadá, por ejemplo—que viven en estas etapas primitivas de la economía.

Cuando ciertas tribus han encontrado un ambiente favorable para su existencia, no tardarán en establecerse definitivamente en el mismo, construyendo aquellas estructuras necesarias para su vida asociada y para su seguridad colectiva, y se inicia la tercera etapa

del desarrollo de la economía humana, la *aldea*. La vida se ha centrado en un grupo compacto y se estabiliza en un punto alrededor del cual se extiende la zona para un cultivo cada día más sistemático y técnico. Los artesanos, establecidos fijamente, pueden pensar en construir algunas máquinas pesadas, como el telar o el molino.

Se empieza a desarrollar un comercio entre las distintas aldeas, estableciéndose mercados en días fijos y distintos para cada aldea, y se construyen caminos radiales que la unen con circunvecinas.

Desde la economía de aldea se va desarrollando, por crecimiento, el régimen económico de *ciudad*. Entre todas las aldeas de una región hay una o varias que reúnen mejores condiciones, sea por la mayor productividad del suelo o por una situación singularmente apta para el comercio. Estas aldeas privilegiadas van atrayendo a productores, comerciantes y consumidores, y creciendo a un ritmo más rápido se hacen grandes y famosas. Fabricantes y mercaderes especializados, que refuerzan su poder incorporándose en gremios y trusts, no tardarán en dominar económicamente estos centros.

Más o menos lentamente, cierto número de estas ciudades, seleccionadas a su vez por proceso natural entre las otras de la nación, van desarrollándose hacia un grado todavía superior, que es el de *metrópoli*. La metrópoli es el centro dominante en el cual se organiza la industria, el comercio y las finanzas de una entera región, y al cual se hallan subordinados las ciudades, las aldeas y el campo abierto. Cada unidad de éstas constituye un mercado y un área funcional, estando, a su vez, relacionada con otras unidades por medio de la especialización, y a través de los sistemas de comunicación y transporte. No cabe duda que el sistema metropolitano, por lo menos en el campo de lo estrictamente económico, tiene una eficacia sin precedente.

## EL MEDIO AMBIENTE ACTUAL DEL HOMBRE. EL MEDIO AMBIENTE URBANO

En todo estudio de distribución de los hombres sobre la tierra en el pasado, en el presente o en el futuro, el hecho de las ciuda-

des, de estas concentraciones humanas que se forman, por circunstancias cualesquiera, en determinados lugares de la tierra, tiene una importancia primordial, porque este hecho representa, más que la simple realidad de esta concentración, de esta aglomeración, el punto focal de las actividades y movimientos que mantienen unidos a los hombres, buscando cada cual su posición más conveniente para poder luchar por su sustento.

¿Cuáles son estas circunstancias que determinan el hecho de estos aglomerados?

La ciudad no es obra de la voluntad deliberada de un hombre ; es verdad que hay ciudades fundadas por un monarca o por un héroe, y de hecho hemos llegado a un tiempo en que, hallándose la especie humana constreñida por necesidades más imperiosas, y teniendo en su mano instrumentos más poderosos, el hombre debe crear, y de hecho está creando, sus propias nuevas ciudades. Pero, ¿podemos acaso prever el porvenir de las mismas en el futuro?

Sea como sea, es innegable que toda ciudad, en general, es el producto de ciertos factores, que podemos clasificar en tres órdenes : el *económico* (oferta de mano de obra y oportunidad de mercado, que dan lugar a una acción competitiva, facilidades de transporte y comunicación), el *cultural* (facilidades para el desarrollo de las actividades del espíritu) y el *social* (instinto humano natural de agrupación y de convivencia).

La ciudad antigua, pese a las leyendas y mitos fundacionales, fué casi siempre un producto casual. Circunstancias geográficas e históricas determinaban el desarrollo extraordinario de alguno de los pequeños núcleos de población. Este es el caso típico, el de Nueva York, el de Venecia, el de Sevilla, el de Marsella, puntos de arribada comercial : Nueva York se halla situada en el punto costero de mejor acceso desde el gran continente norteamericano a través de la cordillera de los Apalaches ; Venecia y Sevilla fueron las recaladas en Europa, desde Oriente la primera antes del siglo xvi, y desde las Indias Occidentales la segunda, a partir de este siglo, y Marsella es todavía actualmente el punto de contacto de Francia con su imperio colonial.

En otros casos, la decisión política tuvo mucha importancia y

la tiene más actualmente en que la centralización administrativa se halla—no discutamos si necesaria o innecesariamente—hipertrofiada; Wáshington, Madrid, el antiguo Petrogrado, son ejemplos de este caso.

## LA CIUDAD EN EL ASPECTO ECONÓMICO

Pasemos a estudiar el hecho de la ciudad bajo tres aspectos: el económico, el cultural y el social, que corresponden, precisamente, a los tres factores determinantes del mismo que hemos citado.

Empecemos por el aspecto económico. La ciudad es un producto de la competencia o, más concretamente, de la oferta de mercado y de mano de obra, que da lugar a una acción competitiva, así como de las facilidades de transporte y comunicación, de la posibilidad de contacto y de intercambio directo.

En los primeros tiempos de la Historia, la economía humana se basaba, principalmente, en los recursos del «habitat»; los hombres se establecían en el sitio en donde encontraban más alimentos, y si había alguna actividad comercial, la realizaba el vendedor ambulante.

Pero muy pronto, los recursos del suelo próximo, que se hicieron insuficientes, tuvieron que ser sustituidos como base económica, por el intercambio de servicios y mercancías, lo cual exige la centralización en un punto determinado, que es el mercado, y este punto se convierte, inmediatamente, en el foco en donde se concentra el comercio, e indirectamente, la industria y la agricultura.

Uno de los prototipos de ciudad medieval, la *ciudad mercado* es simbólica en este sentido. Incluso en el aspecto físico, notemos que la *plaza-mercado* de la ciudad medieval es comparable en importancia a la catedral, por ejemplo, en Bruselas, en Verona o en Vich.

En su proceso vital, la ciudad va desarrollando su organización interna a través de un curioso proceso cuya primera fase es la *concentración*, acumulación de personas e instrumentos en una determinada área que, por su situación natural, se halla en condiciones favorables para la vida y el sustento. Consecuencia inmediata

de la concentración es el desarrollo de la máquina y su utilización dentro del área en donde se halla el mercado.

Tan pronto como ha tenido lugar la concentración, se inicia la *segregación* de determinadas funciones especializadas en ciertos distritos urbanos. Así se crean espontáneamente las zonas industriales y las comerciales, y a veces, hasta en ciudades pequeñas, las zonas dedicadas principalmente a una industria o comercio particular, formándose un rompecabezas, más o menos definido, de zonas de distinto carácter (1). Hay que advertir que el fenómeno de la segregación humana no tiene únicamente un aspecto comercial, sino también social.

La división de la ciudad en zonas de las llamadas de «uso», es decir, determinadas por su función económica, o, por lo menos, el establecimiento de determinadas zonas de este tipo en el casco urbano, que constituye una de las bases de la moderna organización urbanística, no es, pues, una práctica moderna, sino la obligatoriedad y estado legal de un hecho tradicional, necesario bajo muchos puntos de vista.

A la segregación sigue, a veces, la *invasión* de determinadas zonas especializadas, por su función o por la gente que los habita, por una población o por una especialidad distinta, lo cual trae, necesariamente, un cambio profundo. Esta constante evolución interna es inevitable en los casos de intenso crecimiento (2).

La *descentralización* es la fase siguiente en el proceso vital de la ciudad, y consiste en la tendencia centrífuga de personas e instituciones hacia las zonas exteriores de la ciudad, atraídas en ciertos casos por la llamada de la naturaleza y en otros por el precio más bajo del terreno, ya que la concentración ha determinado la elevación de este precio en proporción a su distancia al centro. Este

---

(1) La segregación es un fenómeno corriente en todas las ciudades. Palma de Mallorca, que en el s. XVIII no contaba con más de 35.000 habitantes, tenía en la misma época sus barrios de alfareros, de curtidores, de plateros, que todavía subsisten en parte. No hay ciudad provincial en la que no podamos observar este fenómeno, sin más que leer los nombres de las calles.

(2) Los ejemplos son muchos en nuestras ciudades: el barrio de Santa María del Mar en Barcelona, antes poblado de aristocráticos palacios, es hoy un barrio de almacenes y *slums*.

movimiento ha sido muy acentuado en nuestros tiempos, desde que se demolieron los cinturones amurallados, debido al desarrollo moderno de los medios de comunicación y transporte.

El proceso que acabamos de describir es constante en todas las ciudades que son en cierto modo organismos vivos. Una ciudad que no tiene evolución interna es una ciudad muerta.

#### LA CIUDAD EN EL ASPECTO CULTURAL

Con la concentración de la población y con la economía vitalizante, los instrumentos del saber y de la educación, se concentran inevitablemente en las ciudades. El principio de que sólo la vida contemplativa conduce a la verdadera sabiduría es sólo verdadero para unos pocos espíritus privilegiados. Para el vulgo, «el campo embrutece»; la cultura del espíritu sólo es posible en una vida de relación con otros hombres cultos, sea directamente, sea a través de la literatura. Suponiendo aún que fuera posible llevar hasta los rincones más apartados del agro las mismas facilidades que hoy presenta la ciudad, y mucho se ha avanzado en este aspecto—radio, revistas, bibliotecas circulantes, escuelas rurales—, la vida de relación es necesaria para ilustrar con ejemplos vividos lo que se lee en los libros.

Existen, además, instituciones absolutamente indispensables, como por ejemplo, la gran Biblioteca, la Universidad, la Orquesta, sólo posibles contando con numerosos grupos selectos que se podrán reunir en la ciudad, pero no en el campo.

De hecho, tan importante es la ciudad en este aspecto que puede afirmarse que la cultura es un producto típicamente urbano. Por lo menos es en la misma que se introducen los nuevos elementos culturales y desde la misma se expenden a una región de influencia, a veces a toda una nación, y aun al mundo entero.

#### LA CIUDAD EN EL ASPECTO SOCIAL

Tal vez en mayor grado que el factor económico, la ciudad tiene por causa el instinto de sociabilidad y de convivencia de los hom-



bres. Veremos más adelante que un grupo de personas a las cuales ha juntado la casualidad o el destino, se unen inmediatamente para formar un grupo primario. Cuando este grupo primario ha sido iniciado por un lazo natural entre dos personas de sexo distinto, a los cuales, por agregación, se van sumando otros seres procreados, hemos llegado al más importante de los grupos primarios, que es la familia, célula elemental de la ciudad.

La agrupación de familias, viviendo en una proximidad y en una interdependencia tal que puedan conocerse y relacionarse mutuamente, constituye el barrio, verdadero grupo de grupos o familia de familias. Y una yuxtaposición de barrios constituye la ciudad.

Pero el fenómeno social urbano no es tan simple como pudiera aparecer en este proceso. Además de estas agrupaciones, del mismo modo que se forman zonas especializadas según su función, se forman otras que podríamos llamar de decantación social, según el estrato social de la gente que las habita, por ejemplo, *zonas obreras*, con sus tiendas, cafés y salas de espectáculos propias, *zonas «aristocráticas»*, con residencias de más o menos categoría económica. En las ciudades antiguas no debía existir esta diferenciación, que no es probable existiera tampoco en nuestras ciudades con anterioridad al siglo pasado, a pesar de estar, aparentemente, más acentuada la división estamental.

Las llamadas zonas obreras, como las aristocráticas, suelen ser zonas socialmente organizadas y que reúnen, por lo general, condiciones de habitabilidad, según nuestras normas higiénicas y urbanísticas. Pero en todas las ciudades algo importantes existen las zonas decadentes que los anglosajones han llamado, muy gráficamente, *blighted* (podridas). Son zonas situadas, generalmente, en los barrios antiguos, habitadas casi totalmente por familias indigentes, acumuladas a razón de varias por vivienda, casi impenetrables para las instituciones sociales y fuera de todo control moral e higiénico. No hay que decir que sus estadísticas arrojan siempre altos índices de delincuencia, vicio, mortalidad, etc. Los edificios que integran estas zonas suelen ser claro exponente de la miseria que albergan en su interior; construcciones vetustas, conservando, a veces, en las ciudades antiguas, restos de un antiguo esplendor,

no han sido mejoradas por obras de modernización ni aun de restauración o consolidación.

La sociedad que se forma en las ciudades, la sociedad urbana, es un tipo especial de sociedad, más definida cuando más populosas son éstas. Es una sociedad en que la organización artificial político-económica, que por absoluta necesidad se ha perfeccionado extraordinariamente, anula la organización natural social, el grupo primario desaparece y el grupo secundario se hipertrofia: el instinto de «comunidad» queda absorbido por el hecho de la «sociedad». Las actividades se desarrollan en formas amplias e indudablemente eficientes, pero impersonales. Tendremos ocasión de insistir repetidamente sobre este hecho tan importante.

#### LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA

En la época actual, la ciudad, tal como en gran parte se halla formada, constituye un ambiente ecológico más bien indeseable para la especie humana. En efecto, su razón de ser es doblemente la vida y la convivencia de los hombres; es decir, la vida individual y la colectiva. Al decir vida no significamos únicamente un concepto físico y material, sino igualmente un concepto espiritual; de no ser así, poca diferencia existiría entre una ciudad y una colonia de *termitas*.

¿Responde, en realidad, la ciudad contemporánea a esta razón de ser? No.

Falla en primer lugar por defecto material. Su estructura física no es adecuada para el desarrollo de esta vida, desde el momento en que no puede dar el albergue necesario y de acuerdo con las normas de la vida de nuestra época, a todas las familias establecidas en ella. El problema, constantemente latente, que crea esta deficiencia, es un problema difícil, pues hay que tener en cuenta que nuestra manera de vivir evoluciona incesantemente y que las casas—tal vez palacios—de nuestros abuelos de hace un siglo, aún perfectamente conservados, hoy resultan inhabitables para nosotros. Por otra parte, nuestra época ha visto desarrollarse el fenómeno del desplazamiento de enormes contingentes humanos en movimiento continuo

desde el campo a la ciudad, en un grado tal, que nuestros instrumentos técnicos y económicos no son apenas suficientes para crear las nuevas estructuras al compás de esta afluencia torrencial.

La ciudad falla igualmente por defectos no materiales. En su seno, el hombre medio no puede desarrollar una actividad psicológica normal; en la relación con sus conciudadanos no resulta posible una auténtica convivencia. Veamos por qué.

En primer lugar por sus dimensiones desorbitadas. Su horizonte social es excesivamente vasto, no puede ser dominado por el hombre, no está a su escala.

En segundo lugar, por hallarse integrada por una masa humana desorganizada socialmente, por una multitud protoplasmática que puede tal vez tener una organización política, pero no forma una comunidad orgánica. Su población se nutre más de la inmigración que de la generación familiar, y presenta una movilidad social interna que mantiene a las débiles comunidades que logran formarse en su seno en un estado precario.

Tanto en lo material como en lo social, la crisis de la ciudad actual es una crisis de crecimiento, que sólo podrá resolverse deteniendo esta inflación sin precedentes históricos y al mismo tiempo desintegrando y fragmentando socialmente el cuerpo urbano. Para ello habría que empezar por convencer a las masas de la necesidad de hacerlo, conseguir que la gente dejara de rendir culto al mito de Nueva York.

¿Sería posible una sociedad sin ciudades? Partiendo del ensayo español de la «Ciudad Lineal» se concibió en Rusia, hace varios decenios, un plan nacional según el cual los hombres se distribuían no a base de puntos de concentración, sino de disposiciones longitudinales enlazadas para formar una inmensa red que cubriría todo el territorio. No hay que decir que este plan se halla en el terreno de lo puramente utópico. Nuestras ciudades constituyen una poderosísima realidad muy difícil de anular con un plan. Sólo en el caso de que una guerra tremenda llegara a destruir de una vez todas las de un país entero, podría intentarse este experimento trascendental. Pero aun entonces cabe en lo posible que los siglos posteriores vieran crecer, inevitablemente, una especie de ganglios a

lo largo de los nervios de esta red, que no fueran sino el germen de nuestras ciudades concentradas, porque en el alma humana, el instinto de sociabilidad y de reunión, es más poderoso que cualquier plan, por lógico y por perfecto que éste sea.

### LAS ZONAS DE TRANSICIÓN

El paso de la ciudad al campo, no es brusco. En los pasados siglos, las fortificaciones, que formaban recintos amurallados dentro de los cuales la estructura urbana quedaba aprisionada, establecían un límite definido. Desaparecida hoy día la necesidad de las mismas, se ha creado una especie de «tierra de nadie» alrededor de las urbes, un espacio intermedio, sin carácter, cuyas edificaciones muchas veces incontroladas, forman una zona de servidumbre in-frahumana en el que se hallan presentes hasta la choza y la cueva del hombre primitivo. Existe, pues, una urbanización esfumada alrededor de los centros auténticamente urbanos, causada por la tendencia hacia el equilibrio entre unos factores centrípetos—abundancia de mano de obra, proximidad del mercado, facilidades culturales que determinan la atracción de la urbe—y otros centrífugos, como los bajos precios del terreno, impuestos poco elevados, facilidades de vivienda, llegando, en el caso peor, a la posibilidad de ocupar terrenos ajenos para construir hogares primitivos.

El paso gradual desde lo que fué la antigua población fortificada, que generalmente constituye el núcleo urbano, hasta el verdadero campo, se realiza a través de la zona de ensanche y de los suburbios.

El *ensanche* es la población típica del siglo pasado, edificada sobre una red de calles, con sus aceras y sus árboles, sobre un plano característico. Este plano de la ciudad ochocentista, dista mucho del *plan* urbanístico, tal como lo concebimos en la actualidad, no consistiendo apenas, salvo casos excepcionales, más que en un simple *trazado* arbitrario—en cuadrícula simple, mixto de cuadrículas y diagonales, radial, etc.—, de calles y manzanas. En algunos casos, el plano estuvo complementado por unas ordenanzas de alturas; en ninguno se hallaban previstos los barrios ni los edificios pú-

blicos, ni existía plan sistemático de realización, es decir, que la ejecución se dejaba en manos de la especulación privada, sin control ni plazo, sin que el factor tiempo interviniera en modo alguno. Los resultados fueron desiguales; cuando hubo una riqueza suficiente para llevar a cabo su realización, surgieron «ciudades nuevas», como, por ejemplo, el barrio de Salamanca de Madrid, o una parte del ensanche de Barcelona, éxitos indudables en relación a los «standards» de su tiempo. A veces, sin embargo, el resultado previsto vino desmejorado por la falta de control, o por ser más poderosos los intereses individuales que la razón del bien colectivo. Pero en la mayoría de las ciudades provinciales y secundarias, no habiéndose calculado la justa proporción entre las dimensiones de la zona planeada y la potencialidad económica de la ciudad, el resultado fueron estas zonas polvorientas y sin fisonomía propia, que rodean a tantas ciudades de todo el mundo.

Más allá de los ensanches se presenta el espectáculo, más triste aún, de los *suburbios*, mancha social de la cual pocas grandes ciudades se libran y que sería suficiente para demostrar el fracaso en el orden humano de una civilización que en el orden científico y técnico ha alcanzado una altura inconcebible. Los suburbios—llamados a veces muy propiamente urbanizaciones salvajes—son agrupaciones de viviendas en pésimas condiciones de higiene, comodidad, intimidad y estética, faltas de todo aquello que requiere la morada de un ser humano, formadas al margen de los perímetros urbanizados de las ciudades, fuera de todo control urbanístico.

Para la construcción de estas viviendas se han aprovechado los desperdicios más heterogéneos: latas aplanadas usadas, viejos tablazones. Las dimensiones de estas barracas no pasan, a veces, de 2 por 2 metros, con una altura de 1,60; es decir, que no se puede permanecer de pie en su interior; a veces, siendo las dimensiones poco mayores, son habitadas por dos familias.

Estas chozas se construyen sin contar para nada con el propietario del solar, pero resulta muy interesante observar que, apenas se ha iniciado la construcción de un suburbio, surge un sistema económico inmobiliario de propietarios, constructores e inquilinos. No es, como a primera vista pudiera parecer, que cada familia se

construye su propia barraca ; hay verdaderos empresarios que construyen las barracas y las venden, las alquilan, las explotan ; muchas de las familias que las habitan pagan por la misma un alquiler considerable, que, hasta en algún caso, no es menor que el que se necesitaría para el alquiler y amortización de una casa verdadera modesta, pero decente.

¿Cómo hemos podido llegar a este estado de cosas ? ¿Cuáles son las causas que han podido producir este contrasentido—el mayor después de las guerras—de nuestra civilización ?

En el fondo no se trata más que del resultado de un desequilibrio entre oferta y demanda en un producto esencial para la vida del hombre. El gran aumento poblacional en muchos países trae una demanda sin precedente de nuevas viviendas, y este hecho viene acentuadísimo en las grandes ciudades, que presentan, desde cien años a esta parte, un crecimiento desorbitado. Esto hubiera causado un alza continuada en los precios de los alquileres, para evitar la cual se han interpuesto los gobiernos con leyes que inmovilizan dichos precios y restringen, a veces, hasta un grado prohibitivo, los desahucios. La propiedad inmobiliaria ha dejado de ser productiva, y, por lo mismo, no hay estímulo para invertir capitales en la misma.

Pero la necesidad de los hombres de vivir bajo techado, es imperiosa ; si la sociedad no provee las viviendas suficientes, es inevitable que se desborden higiene, moral, policía, propiedad, urbanismo, estética, y al margen de todas las leyes y principios, en cualquier terreno y en cualquier forma, los techos se construyan.

No hemos visto estadísticas generales del número de viviendas suburbanas sin condiciones de habitabilidad, prescindiendo de los *slums* del interior de las ciudades, que constituye un capítulo aparte. Creo que estas estadísticas generales no han sido dadas a la publicidad, porque nuestra sociedad está, con motivo, avergonzada ante la extensión y la importancia de este hecho tremendo.

El tercer elemento urbanístico que debemos considerar al tratar de la zona de transición entre ciudad y campo son las poblaciones satélites, entidades urbanísticas independientes, casi siempre de origen antiguo, que se hallan próximas a las grandes ciudades y viven

bajo su influencia directa. Muchas personas que trabajan en la ciudad son *commuters* que tienen su residencia en el núcleo satélico, unido a la ciudad por comunicaciones fáciles y directas.

El sistema de poblaciones satélites alrededor de la gran urbe, además de servir para descongestionar los centros urbanos, tiene un gran valor ecológico. Viviendo en las mismas, se tienen muchas de las ventajas del campo y, al mismo tiempo, muchas de la ciudad; en el núcleo satélite, además, por ser una población más pequeña, se vive mejor la vida de comodidad.

## EL MEDIO RURAL

Llamamos, hasta cierto punto convencionalmente, «medio rural» al campo propiamente dicho, con sus predios y casas diseminadas y a las poblaciones predominantemente agrícolas de menos de unos 5.000 habitantes, límite de agrupación humana hasta el cual es posible una comunidad social primaria.

Las zonas rurales se hallan muy desigualmente pobladas en las distintas partes de la tierra, aun en aquellas que presentan condiciones de vida semejantes. Mientras hay países, como Puerto Rico, en los cuales cerca de un 60 por 100 y aún más reside fuera de los núcleos de población, hay otros, como Uruguay, en donde la inmensa mayoría de la población es urbana.

Los índices de población rural no son, por otra parte, constantes, tendiendo generalmente, en nuestra época, a disminuir con el éxodo constante hacia las ciudades.

Como hemos hecho antes con el medio urbano, pasemos a estudiar el campo como medio ecológico, desde los tres puntos de vista económico, cultural y social.

### EL MEDIO RURAL EN EL ASPECTO ECONÓMICO

El estudio ecológico del medio rural en el aspecto económico debe realizarse en relación con las labores de explotación agrícola, pues el 90 por 100 de las personas que viven en pleno campo vienen obligadas a ello por el cultivo de los campos, bien de aquéllos in-

mediatos a su vivienda, bien de otros más vastos y alejados. Debemos, por tanto, referirnos a las formas de explotación agrícola con alguna detención.

El campo puede ser cultivado a base de grandes o medianos centros de explotación o de pequeñas parcelas familiares. Ambos son sistemas tradicionales que conservan en nuestra época toda su importancia y toda su eficacia.

El sistema de los grandes centros de explotación, tal como ha llegado a nuestros días, tiene su origen en la propiedad feudal y en el monasterio medieval, que, al reducirse en tamaño y en importancia, por haberse ido subdividiendo en sucesivas particiones hereditarias, desaparecidos los vínculos nobiliarios y expropiados los bienes eclesiásticos por las leyes de desamortización y a lo largo de los pasados siglos, se ha convertido en la institución que, según los países, se llama *predio*, *masía*, *farm*, *forme*, *granja*, *cortijo*, etc. Su extensión es variable, desde la enorme de los latifundios, hoy sumamente reducidos en número (subsistentes ya apenas en las regiones meridionales de Italia y de España), los que ocupan miles de hectáreas destinadas casi exclusivamente a la caza y al pastoreo, hasta los predios de varios cientos de hectáreas que se confunden con las parcelas de explotación unifamiliar.

Durante todo el siglo XIX, y hasta hace pocos años, parecía un hecho inevitable, y aun socialmente conveniente, la desaparición de las grandes unidades de explotación agrícola. Mas aún, el lema de la parcelación de los latifundios, fué uno de los caballos de batalla de los partidos liberales en las campañas políticas. Pero en la actualidad nos vemos obligados a revisar los antiguos ideales, debido a la necesidad primordial de la industrialización y mecanización del campo. El latifundio puede ser, y de hecho es, un mal social, pero no por su extensión, sino por el deficiente cultivo de sus tierras.

La pequeña parcela es el resultado, llevado hasta el extremo, de las sucesivas subdivisiones en el transcurso del tiempo de las antiguas grandes unidades y llega, con mucha frecuencia, a dimensiones pequeñísimas.

En la actualidad se admite generalmente el principio básico, de importancia fundamental en el planeamiento, de que el sistema de



pequeñas parcelas rurales no es, en modo alguno, conveniente, si no tienen éstas la extensión mínima indispensable para permitir la vida de una familia sobre las mismas y el empleo de ciertas máquinas agrícolas.

La colonización, de todos modos, es siempre una acción deseable, especialmente en el aspecto social. La gran unidad puede ser siempre creada *a posteriori*, como integración de colonias, con fines más o menos amplios de facilidades para el uso de maquinarias y obtención de fertilizantes, venta e industrialización de productos, etcétera. En cuanto a esto último puede resolverse por medio de cooperativas que hagan posible el uso de estas máquinas sin tener posibilidades económicas para adquirirlas.

Una nueva modalidad de gran unidad de explotación rural es la que se posee y se explota colectivamente por sus empleados y trabajadores.

#### EL MEDIO RURAL EN EL ASPECTO CULTURAL

En el predio pueden residir una o varias familias, aunque nunca en número suficiente para permitir el establecimiento de facilidades de orden cultural, tales como la parroquia, la escuela, la biblioteca, el cine. Pero, además de estas facilidades, que son instrumentos directos de la cultura, hay cosas que constituyen instrumentos indirectos para la formación y desarrollo de las facultades del espíritu humano, como la tertulia o la conversación en un círculo amplio, la vida en el seno de una comunidad mayor que la propia familia, todo lo que significa un intercambio de ideas con los seres semejantes. Sólo el santo, por tener el espíritu vitalizado por un don sobrenatural, puede llevar vida de anacoreta sin embrutecerse. Así, pues, la vida en un medio rural relativamente puro, es culturalmente indeseable.

En cuanto a las pequeñas comunidades rurales, no existe inconveniente para que en ellas se desarrolle una vida intelectual. Pero se las debe proveer, por parte del Estado, de muchas facilidades, de las cuales actualmente suelen carecer.

## EL MEDIO RURAL EN EL ASPECTO SOCIAL

En este punto, debemos distinguir también entre el medio rural que hemos llamado puro, el predio aislado sin comunicación fácil y a distancia considerable de todo centro urbano y la pequeña población, la aldea. La vida de una familia en pleno campo, fuera del control social de una comunidad es *contra natura* porque el hombre es un ser esencialmente social. La vida en una pequeña población, dotada de un mínimo de facilidades culturales, y en la que se forma por proceso natural e inevitable una comunidad primaria, es inmejorable, es el «habitat» perfecto para un individuo de la especie humana.

Según un antiguo aforismo, «el campo embrutece», y no hay mito más falso que el de Robinson Crusoe. El hombre aislado tiene forzosamente que deshumanizarse, no tanto porque le falte el contacto con la cultura universal siempre activa, contacto que podría establecerse a través del libro, de la radio, de la televisión, sino por falta de relación y de intercambio directo con sus semejantes.

### COMPARACIÓN ENTRE EL MEDIO URBANO Y EL MEDIO RURAL EN CUANTO SON ADECUADOS PARA LA VIDA DEL HOMBRE

El medio urbano y el medio rural tienen sus ventajas y sus desventajas relativas, como medios vitales para la especie humana. Analicemos estas ventajas y desventajas desde distintos puntos de vista.

Si empezamos por el punto de vista del trabajo, podemos ver que el característico de los que viven en la ciudad es el industrial, el burocrático y el intelectual, mientras el de los que viven en el campo es el agrícola. Ahora bien: este último es, tal vez, más pesado y liga más al hombre al lugar en donde lo realiza, dejándole un margen más breve para el esparcimiento, durante el cual encuentra pocas ocasiones de diversión. Pero, por otro lado, el trabajo industrial o burocrático es menos saludable, tanto física como psicológicamente.

En cuanto a la alimentación, la del campo es más sencilla, más abundante, más fresca ; llega al consumidor a través de un número mínimo de intermediarios, y debido a ello, su coste es menor, aparte de que en gran número de casos las familias dedicadas al cultivo de la tierra consumen su propia cosecha. Pero en la ciudad, el sistema económico actual hace que se pueda obtener todo, sin más limitaciones que las que trae el precio.

Bajo el punto de vista de la estabilidad familiar, el campo lleva notables ventajas a las ciudades, especialmente a las grandes ciudades en las cuales la vida familiar tiende a la desintegración, contribuyendo a ello, en no pequeña parte, la vivienda múltiple—comparable a un nido de abejas—, que disminuye lo que podríamos llamar la «personalidad» de cada familia, así como la mayor movilidad de la familia urbana respecto a la rural ; en los medios rurales, las viviendas son propiedad de una familia y habitadas por la misma durante generaciones, mientras en la ciudad el promedio de las estancias de las familias en un mismo apartamento se cuenta por meses (1).

En cuanto al bienestar general económico, no cabe duda de que el medio rural es más favorable que el urbano. Existen zonas urbanas en donde la miseria es endémica, cosa que no sucede en las pequeñas poblaciones y menos en pleno campo ; las pequeñas poblaciones son a veces muy pobres, pero en ellas los casos de miseria son escasos por varias razones, entre ellas la de la posesión de pequeños patrimonios familiares (una pequeña parcela de cultivo, la vivienda propia, lo menos un ajuar mínimo de cultivo), la mayor regularidad y continuidad de las faenas agrícolas y un mayor desarrollo de los sentimientos de fraternidad y comunidad que hace que al surgir un caso de indigencia, el socorro sea inmediato.

Lleva, en cambio, la ciudad todas las ventajas al campo, en cuanto a la aptitud para desarrollar un ambiente cultural, en el cual las

---

(1) En un determinado sector de Chicago, según Zorbaugh, la población cambia de vivienda cada cuatro meses. Las leyes sobre arrendamientos urbanos que rigen en muchos países desde hace varios decenios y restringen los desahucios, entre muchos inconvenientes, han tenido la virtud de disminuir lo que hemos llamado índice de transidencia, fijando las familias a sus hogares.

facilidades son más numerosas y más amplias. A pesar de esto, el progreso de los actuales medios de comunicación hace posible el que la cultura llegue, sea por la prensa o por las ondas, a los puntos más recónditos y alejados.

De todo esto se deduce que el «habitat» puramente rural y el de la gran ciudad son favorables o desfavorables, según los distintos puntos de vista. El primero no favorece la vida social plena, ni la cultura intelectual, ni hace posible la utilización de muchas ventajas de todos los órdenes, incluso el material, pero permite, en cambio, una vida física y psicológicamente más higiénica y la comunión constante con la Naturaleza, prestándose, además, a una sólida organización social sobre la base de la institución familiar. En la gran ciudad, por el otro lado, la misma vida social se halla ahogada dentro de la aglomeración excesiva, la familia tiende a la desintegración y se vive al margen de la Naturaleza, mientras existen recursos amplios para la vida cultural y se brindan oportunidades a todos y para todo.

Siendo así, el ideal de la organización social consiste en combinar en lo posible las ventajas del medio urbano con las del medio rural, urbanizar el campo al mismo tiempo que se ruraliza la ciudad (1), hacer que el hombre viva siempre en el seno de una comunidad—que para ser auténtica necesita ser reducida—, dotada de un máximo de facilidades culturales, sea una aldea perfeccionada hasta el máximo, sea un barrio de la ciudad en el que el verde de la Naturaleza se halle presente en cualquier punto.

GABRIEL ALOMAR

---

(1) V. CÉSAR CORT, *Campos urbanizados y ciudades ruralizadas*. «Federación del Urbanismo y de la Vivienda de la Hispanidad». Madrid, 1941.